

EL DOMINGO, EJE DE LA PASTORAL DE LA IGLESIA

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia para el segundo domingo de Pascua (19 abril 2009)

Jn 20,19-31

I. "EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA"

1. La lectura del Evangelio de hoy trae dos escenas, que se complementan. Con diferencia de ocho días, las dos tuvieron lugar el primer día de la semana: *"Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana..., llegó Jesús... Ocho días más tarde... apareció Jesús"* (Jn 20,19.26).

2. No carece de significado que Jesús resucite y se aparezca el primer día de la semana. A partir de entonces cambió el eje del mundo religioso. El parámetro con que ahora todo será medido no será ya el día séptimo, cuando Dios descansó de su obra creadora, sino el primer día, cuando Dios, resucitando a Jesús, hizo la nueva creación, el día definitivo, en el que el nuevo Sol, que es Cristo, no conoce el ocaso. Si en aquella primera semana, Dios, al sexto día, después de moldear un muñeco de barro, *"sopló en su nariz un aliento de vida, y así el hombre se convirtió en un ser viviente"* (Gen 2,7), ahora infunde su Espíritu desde el primer día, porque en este solo día comienza y termina la nueva creación: *"Sopló sobre ellos y añadió: 'Reciban el Espíritu Santo'"* (v.22).

3. La lectura del Evangelio insiste en la preeminencia del primer día: *"Ocho días más tarde... apareció Jesús"* (v. 26). Prácticamente, todas las apariciones de Jesús son el primer día de la semana (cf Mt 28,1; Mc 16,2.9; Lc 24,1; Jn 20,1.19). Por ello la Iglesia pronto dejó de celebrar el día séptimo o sábado, y comenzó a celebrar el primer día, como lo atestiguan el libro de los Hechos y la carta a los Corintios (Hch 20,7; 1 Co 16,2). Y se lo llamó *"día del Señor"* (Ap 1,10), "día del Dominus". De donde, la hermosa palabra "domingo".

4. Para realzar la preeminencia de este primer día tan singular, la Iglesia celebra los días de la semana de Pascua con igual solemnidad, como si fuesen un solo día. Es una Semana atípica, llena de significado, pues si bien comenzó el primer día, concluye hoy, el día octavo, cuando Jesús se vuelve a aparecer: *"Ocho días después..., apareció Jesús"* (v.26).

Primer día, pero definitivo, al que no sigue ningún otro. Y semana también definitiva, que no es ya "septimana", sino "octava", anticipo de la semana definitiva. Esto vale plenamente de Jesús Resucitado, nuestra cabeza, que ya nos precedió en el Cielo. Pero ¡ay!, todavía no se cumple plenamente en nosotros, los miembros de su Cuerpo que peregrinamos en la tierra. Estamos ya en el día definitivo, pero todavía no del todo. Aún debemos pagar tributo a la vieja semana: seis días de fatiga y uno de descanso, para volver a empezar la fajina cotidiana. De allí, que todavía podemos ser tentados. Y pecar. Pero también podemos ser perdonados: *"Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan"* (Jn 20,22-23). Y, sobre todo, podemos predicar el Evangelio: *"Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes"* (v.21).

II. "¡LA PAZ ESTÉ CON USTEDES!"

5. "Jesús, poniéndose en medio de ellos les dijo: *'¡La paz esté con ustedes!'*" (Jn 20,19). Tan importante es para Jesús el don de la paz que en la lectura de hoy lo entrega por tres veces. Después del primer saludo, vuelve a insistir: "Jesús les dijo de nuevo: *'¡La paz esté con ustedes!'*" (v. 21). Lo mismo hizo en la segunda aparición: "Ocho días más tarde,... apareció Jesús estando las puertas cerradas, se puso en medio de ellos y les dijo: *'¡La paz esté con ustedes!'*" (v. 26).

6. Cuando los judíos se encuentran, se saludan diciendo "¡Shalom!". "¡Paz!" De allí que algunos lo traducen por "¡Buenos días!". Sin negar la belleza del saludo español, "¡Shalom!" significa infinitamente más. Al menos en labios de Jesús y en el lenguaje litúrgico de la Iglesia. En la última cena Jesús nos reveló que la paz es el regalo que él nos da: "Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo" (Jn 14,27). Para San Pablo la paz es un don de Dios que manifiesta la presencia del Espíritu Santo: "El fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz..." (Ga 5,23).

7. La paz de Jesús es su respuesta de amor a la muerte horrorosa que le infligimos en la cruz: "Mientras decía esto: les mostró sus manos y su costado" (v. 20). En vez de vengarse, como lo exigiría la lógica humana, nos pacificó con él, con Dios y con todos los hombres. Como dice San Pablo: "Cristo es nuestra paz: él ha unido a los dos pueblos (judíos y paganos) en uno solo, derribando el muro que los separaba... Así creó de los dos pueblos, un solo Hombre Nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona. Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz" (Ef 2,14.17).

III. "SHALOM": CRISTIANOS Y JUDÍOS

8. Con ser tan claro que Cristo, a raíz de su muerte en cruz, selló la paz con todos los pueblos: no deja de llamar la atención que hayan debido pasar dos mil años para que los cristianos comencemos a descubrir que los judíos son nuestros hermanos mayores. Si bien lo explicitó Juan Pablo II, lo afirmábamos desde hace siglos en la liturgia, pero sin darnos cuenta de lo que decíamos. En la Santa Misa rezamos: "Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala como aceptaste... el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe" (Plegaria Eucarística I). En los Laudes u oración de la mañana, con Zacarías, el padre de Juan Bautista, decimos: "Tuvo misericordia de nuestros padres y se acordó de su santa Alianza, del juramento que hizo a nuestro padre Abraham" (Lc 1,72-73). Y en las Vísperas, u oración de la tarde, con la Virgen María cantamos: "Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre" (Lc 1,54.55). Si Abraham es nuestro padre, cae de maduro que cristianos y judíos somos hermanos. A los primeros cristianos, que eran judíos, les costó descubrir que los paganos no eran "goym", "impuros", sino hombres como ellos, a quienes Dios ama y quiere donar su Espíritu.

Esa misma mentalidad la revertimos luego los cristianos contra los judíos e hicimos de ellos los impuros por antonomasia, los "deicidas". ¡Cuán largo y áspero es el camino para llegar a ser de veras discípulo de Cristo!

9. Convendrá que revisemos nuestra Catequesis y constatemos hasta dónde hemos asumido positivamente la fraternidad con el pueblo judío como una verdad fundamental de nuestra fe. Según escribe San Pablo: *"En vista de la elección divina, (los judíos) son amados en atención a sus padres. Porque los dones y el llamado de Dios son irrevocables"* (Rom 11,28). Pero no basta no nutrir prejuicios contra los judíos. Es preciso que descubramos cada vez más profundamente los lazos que nos unen a ellos, hasta que brote el afecto sincero. Si la unión de los cristianos es un bien necesario, a la que debemos aspirar con todas las fuerzas, no lo es menos la amistad entre cristianos y judíos. Esto, que a nivel de personas es a veces relativamente fácil y procura profundas satisfacciones espirituales, a nivel de comunidades tiene especiales dificultades, y superarlas exige pedagogía y constancia. En cuarenta y cinco años de post-concilio no se borran en los cristianos los prejuicios nutridos durante siglos contra los judíos. Ni siempre los judíos están dispuestos a aceptar nuestro afecto y a mirar con benignidad nuestros yerros.

IV. "FELICES LOS QUE CREEN SIN HABER VISTO"

10. Mientras Jesús estuvo muerto, *"estaban cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos"* (v.19). El cerrojo era doble: físico y espiritual. Cuando aparece Jesús, el cerrojo se rompe: *"Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor"* (v.20). Pero *"Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús"* (v.24). Y en vez de alegrarse con sus condiscípulos que habían visto al Señor, continuó en su encierro: *"Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré"* (v.28).

11. Antes que el autor del cuarto Evangelio añadiese el apéndice del capítulo 21, su escrito se cerraba con esta escena de Tomás, donde se destaca su exigencia de señales, muy parecida a la de los sumos sacerdotes y escribas durante la crucifixión: *"Es el Mesías, el rey de Israel, ¡que baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos!"* (Mc 15,32). Había, sin embargo, una diferencia: lo unía a Jesús una lealtad fundamental, que Tomás expresó en el momento de la subida a Jerusalén: *"Vayamos también nosotros a morir con él"* (Jn 11,16). Jesús resucitado no olvidó esta lealtad de su discípulo díscolo: *"Dijo a Tomás: 'Trae aquí tu dedo, aquí están mis manos. Acerca tu mano, métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe'. Tomás respondió: 'Señor mío y Dios mío'. Jesús le dijo: 'Ahora crees por me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto'"* (Jn 20,27-29).

12. Tomás no es sólo una figura que completa el cuadro polifacético de los discípulos de Jesús. Es un prototipo de discípulo y de comunidad cristiana, que se dio, se da y se dará. Y que debe llamarnos a la reflexión a los cristianos modernos. Es un discípulo que cree, pero que no acaba de entregarse a la fe. Quiere seguir a Jesús, pero continúa pensando con los criterios de antes del llamado. ¿No es este el caso de muchos de nosotros, en especial de los que militamos muy cerca de Jesús?

Entre la gente sencilla, e incluso entre los que parecen estar más lejos de Señor, es más fácil encontrar la fe total, que le cree al Maestro sin condiciones, con todo el corazón. De ellos dice el Señor: "*¡Felices los que creen sin haber visto!*" (Jn 20,29). Estos son los verdaderos apóstoles del Evangelio. De gente así la mayoría de nosotros hemos recibido el don de la fe. En mi caso, bendigo al Señor por ello. No pido ver, como Tomás, sino tener un poco de la fe pura, sencilla, total que tenían mis padres, para que otros también crean. (R 13-04-09).

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia